

## RAÍLES DEL RECUERDO

No sabría decir cuándo empezó exactamente. Solo sé que un día me desperté en mi piso de Madrid y el ruido ya no era solo ruido. Era un peso. El tráfico constante, las notificaciones del móvil, los ascensores que zumbaban sin parar. Todo eso que una vez me pareció emocionante, ahora me empujaba hacia abajo. Tenía trabajo, amigos, incluso algún plan de futuro, pero nada me entusiasmaba. Había dejado de mirar por la ventana. Había dejado de respirar con calma. El aire parecía más denso, más difícil de tragar. Los días se sucedían como páginas repetidas de un libro que ya no quería leer. Cada jornada comenzaba igual: despertador, ducha rápida, metro, reuniones. Y todo eso, que antes formaba parte de una rutina tolerable, se convirtió en una prisión invisible. Empecé a preguntarme si era yo el que había cambiado o si el mundo alrededor se había vuelto hostil sin previo aviso.

Así que me fui. Sin mucha ceremonia. Metí tres mudas y un libro en la mochila, cerré la puerta del piso como quien apaga una pantalla, y cogí el primer tren hacia un sitio que me sonaba familiar, aunque no supiera por qué. No lo consulté con nadie, ni siquiera conmigo mismo. Fue un impulso, una decisión silenciosa que llevaba tiempo formándose sin palabras. Recuerdo que miré mi reflejo en la ventanilla mientras la ciudad se alejaba, y por un instante sentí algo parecido a alivio. No era felicidad aún, pero sí un respiro. El tipo de respiro que se da cuando sueltas un peso que llevabas sin saberlo. No tenía planes, ni mapa. Solo quería dejar de sentirme encerrado.

---

La estación me recibió como siempre, con ese aire de lugar que ha visto pasar muchas vidas sin moverse del sitio. Fue extraña la sensación de bajar del tren y sentir que no necesitaba mirar Google Maps. Sabía exactamente dónde estaba. Todo me resultaba familiar, pero no solo por la memoria: era como si los objetos, los rincones, me reconocieran también a mí. Me pareció que incluso el aire tenía otra textura, más limpia, menos urgente. La estación tenía ese silencio entre trenes que no es ausencia, sino expectativa. Como si esperara que alguien volviera, y por un momento creí que yo era ese alguien.

Nunca fue un sitio turístico. No hay castillos ni catedrales impresionantes. Pero para mí, tiene algo que otros lugares no tienen. Nació con el tren, antes incluso de ser pueblo. Todo empezó con los talleres y las vías. Gente que llegaba buscando trabajo, con maletas pequeñas y esperanza en los ojos. Eso lo llevamos en la sangre, aunque muchos ya no lo piensen. Aquí la historia está en los andenes, en los nombres repetidos en las casas, en la forma de hablar de la gente mayor. No necesitas monumentos si los muros y los ruidos aún cuentan cosas.

Mi abuelo fue parte de esa historia. Empezó joven en los talleres y terminó siendo jefe de sección. Siempre decía que el metal tenía alma, que había que tratarlo con respeto. Me llevaba de pequeño al museo, que en realidad era su viejo lugar de trabajo, y hablaba de las locomotoras como si fueran personas. Me señalaba cada una con orgullo: "Esa traía carbón. Esa otra pasajeros del norte." A su lado, entendí que el tren no era solo una máquina, sino un

mundo entero. Un latido. Y creo que ahí fue cuando me empezó a gustar escuchar el silencio entre rieles, como él lo hacía.

Seguí caminando por una de sus calles principales. Todo estaba más tranquilo de lo que recordaba, pero no muerto. Era como si el tiempo aquí se tomara su tiempo. Vi a dos señoras charlando frente al súper, y a un niño en bici sin casco, como antes. Pasé junto al bar de siempre, ese donde iban los trabajadores al salir de turno. Aún olía a café fuerte y a serrín. Las mesas estaban gastadas, pero limpias, como si aún guardaran conversaciones antiguas. Por un momento, sentí que no había pasado tanto tiempo. Como si el pueblo me hubiera estado esperando.

Fui directo al parque. Me senté en uno de los bancos, bajo unos árboles que parecían más grandes, aunque tal vez solo era yo el que había cambiado. Recordé los veranos con mi primo, las tardes interminables y las botellas de agua caliente del sol. Desde ahí se puede oír el convoy si pasa. Y pasó. Largo, cargado, rugiendo como si todavía importara. Sentí el traqueteo en el pecho. No era solo un sonido. Era un mensaje. Algo que decía: todavía estás conectado a esto. No lo has perdido. Aunque te fueras. Aunque cambiaras. Aunque intentaras vivir rápido en otra parte.

Me quedé unos días. Encontré una habitación en una casa antigua, cerca de la iglesia de Santa Rosa, donde parecía que no pasaba el tiempo. La dueña, Carmen, era una señora mayor, de esas que nunca pierden las ganas de hablar ni de hacer café. Me lo traía cada mañana, bien cargado, con una tostada, y me contaba historias. De sus nietos, de cuando el pueblo tenía vida en los andenes, de cómo la gente se conocía por el sonido de los trenes. “Antes era otra cosa, hijo. Se vivía más juntos. Ahora todo va deprisa, pero nadie se queda”, me dijo un día. Y esa frase me acompañó como un eco todo el tiempo que estuve allí.

Un día decidí caminar hasta Baños, que está a poco más de cuatro kilómetros. Quería ver la iglesia visigoda, esa que dicen que tiene siglos encima y aún se mantiene firme. El camino era sencillo, rodeado de campo, con ese olor a tierra que ya había olvidado. Llegué, y sí. Ahí estaba, pequeña pero solemne, con sus piedras antiguas y su silencio respetuoso. Decían que fue construida por un rey como agradecimiento por curarse con aguas del lugar. Me gustó pensar que todo el nombre del pueblo venía de ahí: de una venta, de unos baños. Agua y trenes. Historia y rieles. Me pareció un resumen bastante justo de lo que es este sitio.

De regreso, me detuve en un puente que cruzaba las vías. Me quedé un rato mirando cómo los rieles se perdían en el horizonte, como venas de acero. Pensé en todos los que habían pasado por allí: los que llegaron buscando algo, los que se fueron con los bolsillos vacíos, los que nunca volvieron. Pensé también en mí, en mi huida disfrazada de escapada. Había creído que la ciudad era el futuro, pero ese día, mirando las vías, me di cuenta de que quizá el futuro no está en correr más, sino en saber detenerse a tiempo. No se trataba solo de moverse, sino de encontrar algo que te enraizara, aunque fuera un recuerdo.

Volví al museo un par de veces. Me gustaba ese lugar. Era más que una exposición. Era como un refugio. Un día, coincidí con un grupo de escolares que venían de Palencia. La guía les explicaba cómo funcionaban los ferrocarriles de vapor, y un chaval preguntó si todavía se usaban. “Ya no”, respondió ella, “pero fueron parte de lo que fuimos.” Esa frase me quedó clavada. El museo no era solo un lugar con objetos viejos. Era un recordatorio. Una cápsula de memoria. Un lugar para no olvidar que, en algún momento, todo eso fue el centro de algo. Que hubo un tiempo en que cada silbido y cada tornillo tenían peso.

Una tarde conocí a Laura. Trabajaba en la biblioteca del pueblo. Me dijo que era de Valladolid, pero que se había quedado después de un verano con amigos. “Es tranquilo, pero te deja respirar”, me dijo, como si supiera lo que yo andaba buscando. Nos sentamos en la terraza del Sandoval, el de toda la vida. Pasamos horas hablando, sin darnos cuenta. Me contó que el club de lectura estaba con Los santos inocentes y que a veces los libros entendían mejor los pueblos que los políticos. Le brillaban los ojos cuando hablaba de historias, y eso me gustó. No fue algo explosivo, fue como cuando abres una ventana después de mucho tiempo y entra aire nuevo. Con ella, todo parecía sencillo, como si el pueblo nos hubiera juntado a propósito.

Laura me llevó a ver los murales que hay en algunas fachadas abandonadas, pintados por artistas del pueblo. Cada uno contaba algo: un pasado, un deseo, una pequeña resistencia. Eran imágenes que hablaban sin necesidad de explicaciones. Me señaló uno donde se veía una máquina atravesando un campo de girasoles, y me dijo: “Ese lo pintó un chico que se fue a Barcelona y volvió. Dice que echaba de menos el ruido de las ruedas sobre la grava.”

Una noche larga, después de andar mucho sin rumbo, terminamos en la estación. No pasaba ningún tren. Nos sentamos en el borde del andén, como dos chavales que no tienen nada que hacer pero tampoco prisa. Me dijo que a veces escuchaba los trenes sin importar a dónde iban. “Me recuerdan que seguimos conectados, aunque no lo veamos”, susurró. Y yo no dije nada, porque no hacía falta. Sentí que algo dentro de mí se ablandaba, como si hubiera dejado caer, sin saberlo, un escudo que llevaba puesto desde hacía años. Ahí, en esa quietud, entendí que no hacía falta buscar respuestas en todas partes. A veces, basta con estar.

---

Al final me quedé más tiempo del que planeaba. No volví a Madrid enseguida. Ni siquiera sé si voy a volver del todo. Empecé a escribir otra vez, a levantarme sin alarma, a mirar el cielo sin sentirme encerrado. Aquí, el aire sabe distinto. El tiempo no se mide por relojes, sino por silbidos de locomotoras que pasan. Algunos se detienen, otros siguen. Como en la vida. No todo necesita un propósito. Hay cosas que simplemente son, y eso también está bien.

Muchos dicen que este sitio ya no es lo que era. Que perdió su valor. Pero yo lo veo al revés. Aquí ya no se finge. No necesita demostrar nada. Su esencia está en los gestos pequeños: una señora que barre la acera al amanecer, un abuelo que lleva al nieto a ver trenes, un tipo que vuelve sin saber por qué. Aquí comprendí que no todo tiene que brillar, que lo importante a

veces está en lo que permanece. Las vías. El silencio. El eco de la máquina en la distancia. Todo eso que nadie anuncia, pero que sostiene.

Quizá no me quede para siempre. Pero sé que no me iré del todo. Porque aquí encontré algo que Madrid nunca me dio: un lugar donde escucharme. Donde el tren no es solo un transporte, sino una forma de vivir. Y cada vez que escuche ese silbido, donde sea que esté, sabré que hay un lugar en Castilla que me enseñó a detenerme. Y a empezar de nuevo.